



ARIEL

Publicación antológica de Letras
Artes, Ciencias y Misceláneas.

Director: FROYLAN TURCIOS.

Apartado 1622. Teléfono 2138.

SERIE XXXIX.

San José de Costa Rica, América Central, 19 de julio de 1942.

NÚM. 117.

SUMARIO:

I. El general Morazán, *Alejandro Alvarado Quirós*.—II. El hermano zorro, *Dolores*.—III. Discurso en homenaje de Juan Gutenberg pronunciado en un 24 de junio, Confusión de nombres, Medallón, *Froylán Turcios*.—IV. Decálogo del estudiante americano, *Moisés Vincenzi*.—V. Transubstanciación, *José Reigadas Tarnos*.—VI. Palabras del Dr. Marañoñ, *Eduardo Avilés Ramírez*.—VII. Una tribu modelo, *Angela Acuña de Chacón*.—VIII. Era en el país de la melancolía.—IX. Morazán, *Rafael Heliodoro Valle*.—X. Los hombres de otros tiempos, *Emilio Colombey*.—XI. La visita de las sombras, *Mauricio Rollinat*.—XII. Muerte augusta, *Juan Montalvo*.—XIII. *Ariel*.—XIV. El magnánimo, *José Ortega y Gasset*.—XV. La voz del gusano, *Quino Caso*.—XVI. Cartas de Porfirio Barba Jacob. —XVII. Child Harold, *Enrique Hine*.—XVIII. Treinta y cinco norteamericanos famosos.—XIX. Sentencia, proverbio, adagio, refran.—XX. La voz de Marco Aurelio.—XXI.

El venado, *Clemente López Portillo*.—XXII. No me creo digno.—XXIII. *Ariel*.—XXIV. El carol de Panamá, *Octavio Méndez Pereira*.—XXV. La generosidad de Alejandro, *Plutarco*.—XXVI. Concurso literario nacional.—XXVII. No tengas miedo.—XXVIII. Viejas cartas.—XXIX. Retablos bolivarianos, *Bernardo Arias Trujillo*.—XXX. El vendedor de periódicos, *La madre, Leticia Rivera*.—XXXI. Partículas de oro.—XXXII. Sueño macabro, *Román Jugo*.—XXXIII. La creación poética, *Juana de Ibarbourou, Gabriela Mistral*.—XXXIV. Marcha fúnebre de Chopin.—XXXV. Evocaciones de Rimbaud, *Margarita G. Sarfatti*.—XXXVI. Eremos tres, *E. Arias Suárez*.—XXXVII. La mugre en la Edad Media, *Julio Michelet*.—XXXVIII. Victoria de un perro.—XXXIX. Vida del Conde de Buffon, *Azorín*.—XL. Yo en el fondo del mar, *Alfonsina Storni*.—XLI. Postal, *Federico Rivas Frade*.—XLII. Notas.

LA COLABORACIÓN DE ARIEL SERA SOLICITADA

EL GENERAL MORAZAN

En uno de los brillantes y documentados estudios del Lic. D. Cleto González Víquez, publicado en 1919, encontramos el paralelo de dos vidas de ilustres hondureños que figuraron a raíz de la Independencia, que se lee así: Valle en 1830 fué derrotado en los comicios por un militar de cuerpo entero, por el general victorioso y popular. Morazán no tenía la inteligencia ni la ilustración de Valle, tampoco su soberbia. Era franco en sus procederes y sincero en sus ideas. Republicano decidido, no quiso aceptar la dictadura que le ofrecieron sus adversarios. Militar, sobre todo, se crecía en el campo de batalla y sus excelsas condiciones de mando, de estrategia y de valor se manifestaban de modo que asombra. Pero no había nacido para la faena diaria del gobierno, ni para los trajines administrativos, ni para conducir pueblos en paz. Era un caudillo, era un capitán valiente y un hábil estratega, no era un estadista ni un político. Sabía vencer, no utilizar la victoria; sabía pelear, no gobernar. Sólo era un buen piloto en los días de la borrasca. Podía improvisar un ejército y adiestrarlo pero no formar una nación. Por eso el grande hombre que todos los centroamericanos admiramos y cuya memoria guía aún a numerosos unionistas como una estrella en el desierto, no logró aprovechar sus inconta-

bles triunfos, ni su autoridad incontestable para imponer el orden y para fundar una Centro América una e indivisible.

Se duele el autor costarricense de que don José Cecilio del Valle, hombre civil, no hubiera ascendido a la Presidencia de la Federación ni en 1825, cuando lo derrotó Arce, ni en 1830, cuando el nombre de Morazán se impuso: y no porque Valle hubiera podido salvar el régimen, pero porque se malograron la habilidad y tacto que sólo podía tener un hombre como él, de espíritu cívico, de voluntad pertinaz y de arraigadas convicciones, que hubiese tomado empeño en armonizar y no en favorecer divisiones, en corregir los defectos y en aplacar las luchas inevitables de los Estados y no en fomentarlas para su ventaja.

Nosotros pensamos que para dar los primeros pasos la Federación necesitaba un gobernante de reconocida energía que asumiera el Poder Ejecutivo con los atributos que le señala el Libertador Bolívar en su Constitución, y no son los sabios ni los hombres de bufete, acostumbrados al debate, si no los militares los más indicados para tales funciones. Si en la época actual, con excepción de Costa Rica, México y las otras Repúblicas Centroamericanas apelan para dirigir sus destinos a hombres de espada, no podemos culpar a nuestros abuelos de haber votado por Morazán y no por

Valle para tratar de consolidar las instituciones vacilantes de la Federación.

Lo que se originó después fué un fenómeno político de fraccionamiento que privó en América al empuje de las ambiciones de los caudillos que necesitaban dividir para reinar y se explica el derrumbe inevitable por múltiples causas, entre otras la lentitud de comunicaciones, los celos de los Estados por la capital, establecida en Guatemala y esencialmente al factor que apuntó el Sr. González Víquez: la falta de ciudadanos educados en hábitos democráticos, ya que al salir del coloniaje se ignoraban los beneficios de la ilustración y de la libertad.

Morazán, por una década, luchó en vano por conservar la República tal como se había organizado por los Constituyentes que la fundaron, y su causa y sus afanes pueden parangonarse con justicia con la idea primordial que ilustró para siempre a Lincoln, quien antes de ser redentor de los esclavos fué campeón del mantenimiento de la Unión y de la grandeza de su país. Las armas dieron la victoria en la nación anglo-americana, al propósito de Lincoln y entre nosotros, la derrota de Morazán impuso la separación en cinco minúsculos estados que durante un siglo han disfrutado del patrimonio de los antepasados en una forma que está muy lejos de constituir un régimen de genuina democracia. La imitación que hicimos de la Federación Norteamericana fracasó, pero no ha corrido mejor suerte el sistema unitario que nos impusieron las circunstancias desde 1839.

Cuando Morazán desembarcó en Costa Rica muy poco le faltaba para terminar su carrera, ya que su nombre se había prestigiado en numerosos campos de batalla y en el ejercicio del poder supremo. Tenía partido, el liberal, que había compartido las responsabilidades de sus períodos de gobierno y numerosos enemigos que deseaban su derrota definitiva.

Fué un error psicológico el que cometió el caudillo hondureño cuando vino a gobernar este país poseído de una idea que no contaba con las simpatías de la inmensa mayoría de los costarricenses, o sea, la reconstrucción por las armas de la recién extinguida Federación y esa es la clave de los anotados desaciertos de ese período histórico y el origen de la insurrección popular que se inició el 11 y terminó el 15 de septiembre de 1842 con el fusilamiento de los Generales Morazán y Villaseñor en la plaza principal de San José.

Se ha discutido mucho sobre los procedi-

mientos de esa ejecución y la responsabilidad de sus autores por no haberse guardado las formas de ley. Hoy, con el conocimiento de los documentos publicados por nuestro ilustre historiador Fernández Guardia, podemos asegurar que si se hubiera demorado de algún modo con los trámites de un juicio y las multitudes hubieran podido serenarse después de las jornadas de sangrienta lucha, Morazán no habría sido inmolado como no lo fué Cabañas, ni los demás distinguidos y abnegados lugartenientes.

Para su gloria el sacrificio de su vida ha contribuido en vez de atenuarse en las maquinaciones de la política de campanario. Así lo comprendió el héroe cuando en sus últimos momentos exhortó a la juventud, que es la posteridad, a morir con firmeza antes de claudicar de sus ideales y cuando expresó en su testamento con sublime sencillez: *el amor a Centro América muere conmigo.*

Cumplido su sacrificio ha tenido su nombre un destino singular: el de ser una bandera. Aclamado y vilipendiado con el mismo ardor según el prisma con que se analice su biografía, puede decirse que él vive en la memoria de los hombres, lo cual es exclusivo de muy contados privilegiados de la historia, ya sean pensadores o conductores de los pueblos.

Que algunos actos de su gobierno en Guatemala, en El Salvador y principalmente en Costa Rica se prestan a la censura justificada, no lo negamos; pero es lo cierto que se necesitó gran valor cívico para dictar leyes que por lo liberales se adelantaron a su tiempo, lo que ha contribuido a ganar para él desde mediados del siglo pasado la simpatía de las nuevas generaciones que fueron contrarias a los déspotas reaccionarios entronizados en casi todas las pseudo-Repúblicas del Istmo.

Pero más aun, Morazán sacrificado en Costa Rica se convirtió en el símbolo de los unionistas, ya que en su última etapa y no por bastardos intereses, su única ambición era la reconstrucción de la Nacionalidad como fué la obsesión de Bolívar, en sus postreros días, que se evitara el desmembramiento de su gran Colombia.

Sus cenizas fueron enviadas con religioso respeto y según su voluntad a San Salvador y desde ese momento se le han tributado a su memoria los honores del mármol y del bronce en varias capitales centroamericanas.

Entre nosotros la muerte de Morazán y el fusilamiento de Mora y Cañas, verdaderos héroes de nuestra segunda Independencia, fueron sucesos que pusieron orla negra en las páginas

apacibles de nuestra historia patria y que contribuyeron a borrar para siempre de la Carta Fundamental la fatídica pena de muerte y esta reacción que condena el cadalso político como algo abominable para los costarricenses es reparación de los errores del pasado y homenaje digno de los corazones magnánimos de aquellos próceres.

Alejandro Alvarado Quirós.

San José, junio de 1942.

Predicando en un pueblo un sacerdote dominico y enumerando los grandes milagros de Jesucristo sufrió una gran equivocación, pues dijo:

—Jesús, con cinco mil panes y cinco mil peces, dió de comer a cinco personas.

El herrero del pueblo le interrumpió preguntándole:

—¿Y en dónde está el milagro, señor cura?

El fraile, que se dió cuenta de su error, le contestó sin inmutarse:

—Pues el milagro está en que, a pesar de haberse comido los cinco mil panes, y los cinco mil peces, las cinco personas no reventaron.

HERMANO ZORRO

Bien feo el pobre, sin siquiera la pretensión de esconder la ostensible avería de los años, da la impresión del viejo verde, vanidoso aun, enfundado en su raída levita.

Disipado, lo encontré una mañana regresando a la seguridad de su hogar alto ya el sol, hacia las seis, cuando mi patio ha estado en actividad casi dos horas.

—Se te ha hecho tarde, hermano; un zorro que se respeta ha de estar en su casa antes de amanecer. ¿Qué es eso?

Se detuvo un momento y me miró con más desdén que interés, afectando un aire de embajador soviético y continuó su camino sin inmutarse.

Nuestras relaciones datan de varios años. El sabe perfectamente bien que a base de mutuo respeto podemos morirnos de viejos sin que se altere el orden establecido. Quietas las uñas en mi gallinero si quiere disfrutar en paz de su comfortable vivienda en lo alto de una madre de jocote, fuera del alcance de los perros que, por lo demás están entendidos del asunto y no lo hostilizan. Zorros que cumplen con el bíblico precepto

de crecer y multiplicarse, son muchas las nidadas con que han agraciado los montes vecinos sin que hayan cometido nunca el menor abuso en mi patio; ni gallina ni pollo ni huevo se han perdido por ellos, que van a forrajear a grandes distancias; un zorro decente no hace daño en su inmediata vecindad. Ellos solos conocen la psicología de esa política; y de que tal regla es observada escrupulosamente puede dar fe todo el que haya tenido zorro en su patio; allí no merodea. Mas de una vez he visto a Dama Zorra asoleando sus pequeños en lo alto de su azotea en la evidente confianza de que no será molestada.

Por mi parte, yo sé bien que ellos se atenderán a lo convenido y no temo en absoluto a los mal olientes huéspedes. ¿Por qué no podemos entendernos así con los humanos? Son los zorros de dos patas los que hay que vigilar y mantener a raya; allí hay abuso y mala fe con muy pocas excepciones, sin que haya convenio que valga. Con ellos es punto menos que imposible la política de buen vecino.

Dolores.

Costa Rica, junio de 1942.

VOCABULARIO DEL INGLES BASICO

El *Inglés Básico*, método sintético para aprender la Lengua Inglesa en breve tiempo, es obra del profesor británico Charles Kay Ogden, quien lo preconiza como el medio común de expresión e inteligencia entre todos los pueblos del orbe. Su vocabulario consta de 850 palabras esenciales, que desempeñan el papel de 20.000 vocablos, a los que hay que sumar 50 nombres de utilidad general que, con ligeras variaciones ortográficas, figuran en varias lenguas vivas; los números, los nombres de los meses y de los días de la semana; 50 tecnicismos para cada ciencia o arte; y 50 nombres internacionales que han tomado carta de naturaleza en todos los idiomas.

Corresponde al Profesor G. Bustillo-Reina el mérito de haber introducido este sistema maravilloso en la América Central.

Vale cada ejemplar 60 centavos oro
en la

LIBRERIA ARIEL.

DISCURSO EN HOMENAJE DE JUAN GUTENBERG PRONUNCIADO EN UN 24 DE JUNIO

Cinco siglos cuenta la gloria de Juan Gutenberg, maravilloso varón legendario que multiplicó el poder del Pensamiento, lanzando la palabra impresa a la brillante conquista del Futuro.

Cinco siglos, que forman cinco enormes escalones fulgurantes, por los que ascendió a la Inmortalidad, coronado de laureles y de resplandores.

Por los más remotos ámbitos del mundo resuena su nombre, que la Fama llevó sobre todas las cumbres, marcándolo en el corazón y en el cerebro del Universo.

Pasa por el augusto libro de la Historia este personaje fabuloso, estremeciéndolo con el milagro de su descubrimiento, que sus contemporáneos creyeron cosa de magia y que es uno de los pasos gigantescos que hacia su perfección ha dado la Humanidad.

Pasa por los remotos horizontes como un taumaturgo que arrancó de lo arcano una fuerza estupenda; y en el ayer, y en el hoy, y en el porvenir su figura resplandecerá eternizada por el pincel, por el cincel y por la pluma en las geniales obras de los pensadores, de los artistas y de los poetas.

Ya resalte en una página, en un lienzo o en un trozo de mármol; ya en la dura piedra o en la estrofa metálica, siempre será magnífica la imagen del inventor prodigioso que del hombre amó el átomo divino, la Idea, imperecedera porque es un soplo de lo Infinito; que transformó ese soplo en huracán y que consagró la suprema vibración de su alma a dotar a la inteligencia humana de un poder omnipotente.

Porque la palabra impresa derriba montañas y abate a los déspotas y pasa como encendido ciclón sobre los hombres y las cosas.

La Palabra es el clarín sonoro de la Idea. Es la manifestación preclara del espíritu y del cerebro, ya se desgrane de los labios elocuentes o se grave en los libros y en los periódicos, exaltando las multiformes facies de la Vida; ya rueda triste en amorosas músicas o terrible y relampagueante en los grandes duelos de la Libertad.

La Palabra es Todo. Es el piélago que brama, el trueno que retumba pavoroso estremeciendo la tierra, el penacho de fuego que brota del volcán, la formidable voz de los vastos elementos. Va, vuela, fantástica como una centella, fugaz como un meteoro, fulminante como un rayo.

¡A esta excelsa energía le dió vida sobrenatural el alma de Gutenberg, esparciéndola por el planeta al servicio de los más nobles ideales.

En verdad, no hay nada más asombroso que el Pensamiento. Más rápido que la luz y que el sonido, asciende, en admirable vuelo, desde la escoria en que rebullen las más ruines miserias hasta la maravilla de las constelaciones. Va, con el ímpetu de un cóndor, escalando los altos firmamentos, en pos de los astros errabundos. Escruta los más hondos misterios, descifra los más complejos enigmas, incendia las tinieblas nocturnas.

Nada más radioso, nada más puro, nada más potente que esa fecunda palpitación cerebral que crea universos y puebla de colores, músicas y perfumes el corazón de los hombres.

¿Qué mayor prodigio que esa máquina del pensamiento, cuya mecánica sólo Dios conoce y de cuya compleja estructura brota la luz como de un milagroso diamante? ¿Qué cosa más ligera y más profunda, más sutil y más trascendente, que resume todas las formas de la materia y del espíritu, que produce el goce o el dolor y hace del hombre un ser extraordinario?

Porque la verdadera superioridad de los hombres sobre los demás hombres está, únicamente, en la potencia cerebral, en la vasta amplitud de las ideas.

El talento es el más alto don que podemos recibir de lo Invisible. El constituye la suprema aristocracia que no ha sido creada por los reyes sino por un designio divino.

La Idea, con la creación de Gutenberg, centuplicó el poder de su destino, transformándolo en una de las más portentosas fuerzas que rigen el mundo.

Poder, ciertamente sempiterno, que hace morir de amor a la seductora doncella y temblar al procónsul en su palacio; que crea rosas y dinamitas y derrumba en un segundo lo que construyeron los siglos.

Poder de los menudos tipos de imprenta, innegable, seguro y eterno en la prolongación de los tiempos. Poder de unos cuantos centenares de signos, agrupados bajo el movimiento de los ágiles dedos, que llevan a las más obscuras regiones el fulgor mental que iluminará un páramo de la vida, o destruirá algún antiguo prejuicio, o encenderá en un alba de libertad a un pueblo sepultado en una noche de barbarie.

En los grandes combates de la civilización contemporánea no hay soldados de una impavidez tan heroica como la de esos obreros humildes que ordenan diariamente las columnas de los periódicos en lucha tenaz contra todos los errores y todas las ignorancias.

Nosotros, los que dirigimos esos fuertes escuadrones que empuñan la victoriosa bandera de las ideas; los que en los claros días de la paz y del trabajo encaminamos sus esfuerzos en la ardua conquista del futuro, debemos aplaudir las nobles manifestaciones de sus energías para exaltar el recuerdo del inmortal maguntino.

Fulgure una vez más su gloria, que las nuevas generaciones cantarán con himnos de hierro; cuando la palabra sea un trueno y condense en un sonido el amor y el dolor; cuando la palabra, vigorizada cada vez más por la sapiencia de los siglos, sea un perfecto resumen de la máxima intensidad del pensamiento.

Froylán Turcios.

Ellan Terry ensayaba una de las obras de Bernard Shaw. El director de escena, en cierto momento, preguntóle al autor de *Pigmalión*:

—¿Se ajusta miss Terry al texto? ¿Lo dice tal cual lo ha escrito usted, Maestro?

—No —repuso Shaw— no lo dice como yo lo he escrito; lo dice como yo hubiera querido escribirlo.

DECALOGO DEL ESTUDIANTE AMERICANO

1

Me propongo comprender, en lo posible, el medio en que actúo: a mis compañeros, profesores y todas aquellas personas que me rodean en mi casa, en la calle y en el colegio. Sin este requisito andaría tropezando con todos como un sonámbulo.

2

Asear constantemente mi cuerpo porque la

limpieza personal refleja el grado de cultura del individuo y su capacidad de progreso.

3

Distribuir mi tiempo, en tal forma, que el descanso sea un verdadero premio de mi trabajo cotidiano.

4

Ser ordenado en las cosas materiales y las espirituales.

5

Rápido en la acción, bien preparado en la mente para no retardar el fruto de mi esfuerzo.

6

Darle un sentido creador a mi rebeldía, moviéndolo dentro de las cosas justas y nobles que toda persona sensata pueda distinguir sin violencia de pensamiento.

7

Amar la doctrina de Cristo porque ella comprende las mayores y más probadas conquistas.

tas morales de la Humanidad.

8

Desenvolver mi vocación más fuerte con el fin de darle un significado profundo a mi vida.

9

Leer con método; meditar con método; trabajar con método en cualquier género de actividades a que me vea inclinado por la voluntad propia o sometido por el destino.

10

Ser un buen ciudadano de mi patria, de mi raza y del mundo.

Moisés Vincenzi.

TRANSUBSTANCIACION

Sahumerio de violeta y clavellina,
aire tibio de valle floreciente,
raíz profunda del paisaje ausente,
alondra, cielo y agua cristalina.

Celaje gris, atmósfera hialina,
contorno neblinoso y transparente,
murmurio claro de ignorada fuente,
sol radiante y estrella mortecina.

Ayer, lozana flor, hoy tierna arcilla
aromada de frutos, donde brilla
un oasis de cielo y mar lejano.

Ayer, canoro arroyo y luz de estío,
hoy, agua pura de sereno río
en marcha inexorable hacia el arcano.

José Reigadas Tarnos.

Santa.

A precios más bajos que los de cualquiera otra librería encontrará las obras que desee en la **LIBRERIA ARIEL.**

Dirección: 60 varas al sur de la Capilla del Seminario, frente a la residencia del padre Kern.

PALABRAS DEL DR. MARAÑÓN

Un famoso priodista español que vivió algunos años en La Habana, y cuyo nombre no consigno en este artículo por ingrato a mi recuerdo, fué el primero que habló de *Gregorio Marañón, un europeo*. Esto pasaba hace una docena de años. Hay, Gregorio Marañón es algo más que un europeo: es un cerebro mundial, pues que su obra está traducida a todos los idiomas y sus teorías interesan a todas las universidades y a todos los mundillos dis-

persos de las letras por el vasto mundo. Se le llama *hijo de Erasmo* y humanista en activo. Se constata que es uno de los pocos *hombres curiosos*, a la manera de Pascal, que buscan la reconstrucción del hombre en la profundidad de su conocimiento. Se le reprocha, tanto por las izquierdas como por las derechas, el haberse metido en política, pues que su personalidad es superior a todas las políticas y él está colocado en una especie de balcón, desde el cual su vista abarca horizontes accidentados y dilatados, o, como decía Romain Rolland, *au dessus de la mélés*, en atmósferas superiores y purificadas.

De manera que, cuando de sus labios salen palabras serenas y afirmativas, estamos en el deber de saber escucharlas, sin reticencias y sin pasiones, porque necesariamente deben estar encinta de alguna verdad esencial.

Marañón asistió a la entrada de los prusianos en París. No quiso, o no pudo, salir cuando ellos llegaban, la historia lo dirá después. Lo cierto es que se quedó a orillas del Sena y no ha salido sino hasta en estos días, en que tuvo que ir a pronunciar conferencias en las universidades portuguesas. Y, sometido a interview por el *Diario de Lisboa*, el profesor dijo, entre otras cosas:

“Vengo directamente de Francia, en donde he vivido estos dos últimos años. Asistí a la entrada de las tropas alemanas a la Ciudad Luz. Aprovecho esta ocasión para afirmar, por su medio, que experimento una muy alta y muy profunda admiración por el pueblo francés. He tenido mil ocasiones de constatar que, al mismo tiempo que daba pruebas irrecusables de inteligencia en relación con los acontecimientos, los franceses han sabido conservar intacto su carácter nacional. Creo que Francia se alzará rápidamente. Se ve bien que, lo que pasó, se debió exclusivamente al infortunio de una política. En cuanto a la vida científica francesa tengo el gusto de declarar que se reorganiza en estos momentos con verdadero entusiasmo...”

Hasta ahí Marañón.

Lo que él dice, lo hemos dicho nosotros cientos de veces en estas mismas páginas. Claro que sin su autoridad. Y que esto sirva de lección a los imbéciles que andan por ahí merodeando con la letra de molde y que aseguran, llevados por edios sin mañana y por malquerencias inmotivadas, que Francia cayó, con su derrota militar, en un abismo sin fondo del cual no podrá ya, ni siquiera en un remoto futuro, levantar la cabeza.

Para poder hablar de la Francia de estos

días es necesario, indispensable, haber vivido en Francia en estos días. O bien en París, como el profesor español, o bien en la Francia no ocupada, como el que estas líneas escribe. Los otros no tienen derecho a la palabra y todos sus juicios carecen de sentido realista y de visión directa, por lo cual sus *testimonios* (llamémoslos de alguna manera) carecen por entero de crédito.

Francia seguirá siendo Francia, pese a la derrota actual, como siguió siendo Francia a través de otras graves derrotas en el pasado. Exprimiendo los conceptos podemos afirmar que *las derrotas militares no afectan directamente a la Francia permanente*. Para ésta, las derrotas militares no son sino episodios de su gloriosa y larga existencia. Y sólo los imbéciles son capaces de confundir los accidentes con la totalidad de la existencia de un gran pueblo.

Eduardo Avilés Ramírez.

Vichy, marzo, 1942.

UNA TRIBU MODELO

(Estas líneas me fueron sugeridas por un artículo leído en una Revista Geográfica de Sur América, hace algunos años).

En lejana y fría región polar, donde los hombres levantan los ojos al cielo para pedir calor a su sol, cuando el suelo gime bajo la tortura del frío, vive una tribu, en la más perfecta armonía, ajena a las preocupaciones que agitan el mundo, a pesar de lo duro de sus luchas por la existencia y de lo riguroso de su clima.

Inuit es su nombre, y en idioma esquimal quiere decir *humanos*, porque todos sus problemas sociales han sido resueltos con sabiduría y dentro del más puro espíritu de fraternidad. El dominio de sí mismo ha adquirido entre aquellos hombres perfiles de verdadera fuerza moral: los sentimientos mezquinos no existen, ni las pasiones se han tornado jamás en violencias, en desesperación y muerte.

El excesivo frío, la meditación obligada durante los largos días vividos en los igloos, los han llevado a comprender la filosofía de la existencia. Por eso aquella tribu de gentes sencillas y buenas, alejada del mundo civilizado, vive en paz con su conciencia y en perfecta armonía con su medio social.

El problema de la vivienda está entre ellos resuelto, como lo está también el de alimentar a la familia. No hay odios, ni rencores:

la única ley que prevalece es la del respeto ajeno.

Sublime ejemplo de sabiduría ofrece al mundo civilizado esta tribu esquimal, perdida en los hielos polares, pero que ha logrado moderar la inclemencia de su clima, buscando dentro de sí misma la dicha, la alegría de vivir, con lo que ha podido dilatar el horizonte de sus energías morales.

Angela Acuña de Chacón.

ERA EN EL PAIS DE LA MELANCOLIA (*)

Cándido loto en ignorada fuente,
clara visión en funerario parque,
tengo un secreto que llenó mi vida
y es un amor que no conoce nadie.
Era en dorada noche de silencio,
era el silencio en espectral paisaje,
donde a los ojos finos en la sombra
vagos los mundos de la sombra se abren,
y Ella esperaba en un jardín remoto,
viejo jardín que no recuerda nadie.
Aguas serenas desflecó mi góndola,
aguas dormidas donde fué a copiarse
tímidamente la rosada luna.
Era una noche inmóvil, fulgurante,
áureas estrellas en el lago había,
nubes, estrellas, lóbrego follaje
cuando surqué del transparente líquido
cielo ideal, la superficie inestable.
Iba mi negra góndola en la noche
—noche profunda y armonioso instante—
hacia el silencio los oscuros cisnes
levemente la vieron alejarse.
Y en el país de la Melancolía
goza—me dijo Satanás triunfante.
Yo estaba solo en la fatal ribera
pálido el rostro y enlutado el traje.
Tierra floral de brumas y de sueños,
híbridas flores de hálito enervante,
vagos suspiros, célicas mujeres,
hosca silueta de grandiosos árboles...
Y el corazón hiríome de improviso—
pálido espanto—fiero gerifalte.
En las doradas noches de silencio
busco el silencio de irreal paisaje
donde a lo lejos en la sombra fijos
vagos los mundos de la sombra se abren
y oigo las voces de un país remoto,
dulce país que no recuerda nadie.

(*) Entre nuestros papeles hallamos, sin firma, estos versos extraños que recuerdan vagamente a Poe. ¿Quién será el autor?

MORAZAN

En abril de 1829, cuando México se debatía en la guerra civil a causa de la primera sucesión presidencial, un hombre extraordinario intentaba en la República Federal de Centro América la primera reforma liberal en este continente. Todavía en aquel año no se abolía la esclavitud en el Brasil. Año ilustre en la historia de las ideas, porque Francisco Morazán daba el primer golpe formal a una casta que durante el régimen español se sentía con la misión providencial de monopolizar riqueza y privilegios. Cuatro años después Valentín Gómez Farías desafiaba en México a los detentadores tradicionales del poder. Por eso, Morazán —sin que América se enterara de su osadía, por la falta de comunicaciones— daba desde Guatemala un nuevo y viril acento en la historia de América, haciendo democracia efectiva, llamando a cuentas a quienes no querían rendirlas y abriendo audazmente la brecha de la reforma. Creía en el gobierno del pueblo y para el pueblo, desde antes de Lincoln. Defendía la ley frente a las arbitrariedades de los que se imaginaban que una nación es el patrimonio de unos cuantos. Tenía fe en el progreso humano, en la dignidad de la conciencia, en la salvación del hombre. Su tentativa fracasó; pero él sigue en pie de lucha, movilizandó almas, y ha de ser remordimiento pertinaz en los corazones menudos que han sido y son incapaces de desdeñar el feudo pequeño por la ciudadanía de una gran república. Todavía le tienen miedo los incapaces de comprender y de amar las ideas con savia creadora. Pero llegará el día en que Centro América, a la que él quiso mantener unida para hacerla fuerte, quede vinculada por algo que a él le faltó: las buenas comunicaciones, la educación popular. Cuando Centro América tenga conciencia histórica, Francisco Morazán ha de ganarse la admiración y el amor unánime de los cinco pueblos que se alegraron al saber su asesinato.

En vano los pequeños han querido morder el bronce en que se halla, de pie, invicto, el gigante. Su espada era la del hombre civil. Si tuvo pecados, fueron mayores los de sus émulos y han sido superados por los de los que sólo han podido tener un machete; pero ninguno le iguala en inteligencia y en bondad. Eruditos que husmean en vez de admirar, le nan calumniado. Morazán sigue creciendo de estatura. ¿Quién más grande que él en el istmo bello y despedazado? En pensamiento y en

sabiduría sólo José Cecilio del Valle, y en generosidad sólo José Trinidad Cabañas. Dió Nicaragua a uno de los poetas grandes de América: Rubén Darío. Pero Honduras se ufana del hombre que redactó la fe de bautismo de la independencia política de Centro América, lo mismo que del que fué espejo de caballeros andantes y sufrió con alegría la miseria después de haber tenido en sus manos el tesoro del Estado. Morazán aun lleva en su pecho, como cinco heridas luminosas, las cinco estrellas de las patrias que fueron, hasta en el patíbulo, la más pura obsesión del héroe.

Aun es medianoche en el cielo de Centro América. La gran utopía morazánica ilumina, con su sola evocación, a los corazones magníficos. Ha de volver Morazán, vencedor para siempre, más hermoso que en el mármol y más invencible que en el bronce, y los hombres de América dirán en su homenaje que hace más de un siglo, en el silencio de las montañas de Honduras, un día nació la luz.

Rafael Heliodoro Valle.

México, D. F., 16 de mayo de 1942.

BANCO DE HONDURAS

Tegucigalpa, Honduras, C. A.

Fundado el 1º de octubre de 1889.

Casa principal: TEGUCIGALPA.

Sucursal: SAN PEDRO SULA.

Capital autorizado L 1.000.000.00.

Capital pagado y reservas L1.500.000.00.

Hace toda clase de operaciones bancarias, traslados a las principales plazas de Honduras y del exterior; abre cuentas corrientes con garantía satisfactoria; acepta depósitos a la vista y a plazos; custodia valores y documentos públicos y se encarga de cobros por cuenta ajena.

Cuentas de ahorro al 4% anual.

Páginas históricas

LOS HOMBRES DE OTROS TIEMPOS

I. Cuatro caballeros se disputaban la posesión de una mujer. Son los señores de Rouillac, de Marais, de San Vicente y de San Mauro.

San Mauro mata en duelo a San Vicente y algunos minutos después, es muerto a su vez, por Rouillac, quien ya había puesto a Marais fuera de combate.

II. Conac, gentil hombre de Saintanges, in-

genioso y arrojado, entrando una noche en un baile, en medio de la multitud, fué empujado por el conde de Montrevel, que era entonces un jovencuelo. Conac, empujado por detrás, rechazó también con la parte posterior. Montrevel le dió una bofetada. Conac, con la mayor sangre fría, dijo estos versos:

*El Aqueronte se pasa
por una menor injuria.*

Retó o Montrevel. Pero Montrevel le mató.

III. Saint-Fox era un hurlón incorregible y agresivo.

—Huele usted muy mal— dijo brutalmente a un gentil hombre.

Este le desafió.

—¿Para qué?—añadió Saint-Fox. Aunque usted me mate seguirá oliendo mal; y si le mato yo olerá usted peor.

IV. Dos oficiales de guardias franceses tuvieron una disputa violenta que terminó con una bofetada. El que la recibió, el barón de C., se puso en la mejilla ultrajada un pedazo de tafetán del tamaño de la palma de la mano. Después invitó cortesmente al que le pegó, el caballero T., a que le acompañe detrás de los Inválidos. El caballero gana en aquel paseo una estocada que le tiene dos meses en cama. Después del lance, y en el mismo terreno, el barón sacó tranquilamente de su bolsillo unas tijeras y recortó un poco del tafetán.

Una vez curado T., su criado le anuncia una mañana una visita.

—Es—dijo—un gentil hombre que tiene un pedazo de tafetán en la cara y dice que el señor le espera.

—En efecto—respondió T.—; vete a decirle que bajo.

Nuevo paseo, nueva estocada y el mismo juego de tijeras.

El caballero curó de la segunda estocada, y el barón apareció de nuevo.

El manejo continuó hasta que el tafetán quedó reducido a su más mínima expresión. Ya no era más que un punto negro.

—Yo he concluído con mi tafetán—dijo entonces C. a T., cuyo cuerpo era una criba—y usted ha concluído de penar...

Y le despachó con la última estocada en pleno corazón.

Emilio Colombey.

Todos los textos de ARIEL han sido escritos, seleccionados o extractados por su Director.

LA VISITA DE LAS SOMBRAS

¡Oh manos de ámbar rosa y blanca pluma que encerráis tantos sueños como el labio húmedo, y la pupila azul y bella!

¡Oh cinceladas, peregrinas manos ricas de hoyuelos, que servís de pinzas para rasgar mi pecho y abrasarlo!

¡Oh breves pies alados como el céfiro, que ligeros dejáis tras vuestro paso el estremecimiento de la gracia

y del amor el fúlgido relámpago!

¡Oh negra liga de argentado broche, diadema impura de esculpido mármol!

¡Oh pierna soberana que recibes de la pasión los lúbricos abrazos!

¡Oh senos, frutos blancos y sabrosos!

¡Cabellos ondulantes y dorados

que tanto destrencé! ¡Desnuda espalda, gran poema de curvas y de espasmos!

¡Turgentes muslos donde mis caricias como sierpes de fuego se enroscaron!

De nuevo os miro, voluptuosas sombras, surgir de los abismos del pasado

entre nacaradas muselinas

que brumas fingen de contornos vagos:

flotar os sienta, alegres y habladoras, cargadas de perfumes y de encantos.

*..Mauricio Rollinat. **

(*) Poeta francés (1853-1903). De talento vario y flexible, en su obra se nota la influencia de otros escritores, a los que a veces sobrepassa. Sobresale en la descripción de la Naturaleza."

MUERTE AUGUSTA

A la orilla del Atlántico, en quinta solitaria se halla tendido un hombre en lecho casi humilde: poca gente, poco ruido. El mar da sus chasquidos estrellándose contra las peñas, o gime como sombra cuando sus ondas se apagan en la arena. Algunos árboles oscuros alrededor de la casa parecen los dolientes: los dolientes, pues ese hombre se muere. ¿Quién es? Simón Bolívar. ¿Y el libertador de tantos pueblos agoniza en ese desamparo? ¿Dónde los embajadores, dónde los comisionados que rodeen el lecho de ese varón insigne? Ese varón insigne es proscrito a quien cualquier perdido puede quitar la vida; su patria lo ha decretado. Murió Bolívar casi en la necesidad, rasgo indispensable a su grandeza. Manlio, Curio, Fabricio, Emilio Pablo, murieron indigentes; Régulo, si no araba con su mano su pegasus no podía mantener a su familia; y Munio nada tomó para sí de los tesoros in-

agotables de Corinto.

Aristides, el más justo; Epaminondas, el mayor de los griegos, no dejaron con qué se los enterrase, y habían vencido reyes en pro de la libertad. Las riquezas son como un desdoro en los hombres que nacen para lo alto, viven para lo bueno y mueren dejando el mundo lleno de su gloria. Los enemigos de Bolívar desaparecen de día en día sin dejar herederos de sus odios: dentro de mil años su figura será mayor y más resplandeciente que la de Julio César, héroe casi fabuloso, abultado con la fama, ungido por los siglos.

Juan Montalvo.

ARIEL

La revista ARIEL, que en San José de Costa Rica está publicando nuestro exquisito portalira y brioso prosador de América don Froylán Turcios, hijo ilustre de esta Juticalpa y orgullo de Honduras, es una joya preciosa de inestimable valor literario. Su lectura selecta, amena y variada revela a las claras el refinado gusto artístico de su Director y lo retrata como un espíritu sutil y noble.

En las nítidas páginas de ARIEL desfilan los mejores autores del mundo literario de todas las épocas; su lectura es un riquísimo alimento para el alma de los seres comprensivos.

En estas cortas líneas no es posible hacer el merecido elogio que por este patriótico esfuerzo se ha conquistado el poeta Turcios, a quien *El Olanchano*, desde el tranquilo terruño le envía estas cortas frases consagratorias de admiración y cariño.

Salud, egregio poeta, gloria de América.

El Olanchano.
Juticalpa, Honduras.
31 de mayo de 1942.

EL MAGNANIMO

El magnánimo es un hombre que tiene misión creadora: vivir y ser es para él hacer grandes cosas, producir obras de gran calibre. El pusilánime, en cambio, carece de misión: vivir es para él simplemente existir él, conservarse, andar entre las cosas que están ahí, hechas por otros. Sus actos no emanan de una necesidad creadora, originaria, inspirada e ineludible. El pusilánime, por sí, no tiene nada que hacer: carece de proyectos y de afán riguroso de ejecución. De suerte que, no habiendo

en su interior *destino*, forzosidad congénita de crear, de derramarse en obras, sólo actúa por intereses subjetivos: el placer y el dolor.

José Ortega y Gasset.

COMPRADOR DE LIBROS: antes de obtener una obra cerciórese bien de que está completa. No exhiba su ignorancia y candidez comprando—atraído por los precios irrisorios—volúmenes que sólo contienen, editados en pésimo papel, la mitad, cuando no una tercera parte de su texto original.

LA VOZ DEL GUSANO

Floración de la mugre,
alma de humus, todo
el dolor que se cubre
y se resuelve en lodo.

Está latente mi fiereza
dentro el dolor de mi anonimía
y es de sombra y de tristeza
mi alma nimia.

Voraz para tus ojos,
y para tu boca y tu cadera,
para el corazón rojo,
para tu cabellera...

Todo eso es orgullo,
todo eso que es tan vano,
mortal: ya no es tuyo...
¡Pasó a ser del gusano!

Cripta sombría, puerta
fatal por la que lanza
la Eternidad su alerta:
Lasciate ogni speranza...

Quino Caso.

CARTAS DE PORFIRIO BARBA JACOB

II

México, D. F., septiembre 23 de 1940.

Señor

J. B. Jaramillo Meza.

Manizales (Colombia).

Mi siempre recordado amigo:

Dicto esta carta desde mi cama de enfermo, en la cual estoy postrado hace siete meses, víctima de terrible dolencia contraída durante mi viaje a Medellín y que ha hecho de mi vida un verdadero martirio a lo largo de los últimos diez años.

Ante todo, te daré algunos detalles acerca de

esto. Mi enfermedad (complicada con otra no menos funesta) es una tuberculosis pulmonar que empezó por ser de carácter fibroso, pero que ha evolucionado peligrosamente. Estoy afectado de modo más alarmante en la parte superior del pulmón derecho. Me han tratado los más eminentes especialistas de esta metrópoli, entre ellos el famoso doctor Alarcón, Director del Hospital de Huipulco. Este médico declaró hace año y medio que mi mal no era curable ya por ningún recurso terapéutico y que lo único que podía salvarme era la operación llamada apicolisis; pero yo tuve informes fidedignos de que tal operación es tremenda y de que obliga al paciente a permanecer en el lecho a veces hasta un año, inmóvil, boca-arriba y sin almohada, pues el menor movimiento causa insoportables dolores, y rehusé someterme a tan dura prueba.

Otro especialista, el doctor Fernando Rébora, menos pesimista o más animoso, ensayó el pneumotórax con mal éxito, pues hay adherencias pleurales que lo hacen inútil. Rébora quiere ahora hacerme una frenisectomía, operación no dolorosa ni peligrosa y de técnica muy sencilla.

Lo que empeora mi situación es la extrema debilidad en que me hallo, sin poder dormir casi nada y con una incorregible repulsión por toda clase de alimentos. He rebajado doce kilogramos en los últimos meses; no puedo permanecer diez minutos en pie, y menos dar unos pasos, porque la disnea me sofoca.

Ya imaginarás que en tales circunstancias físicas mi penuria económica tiene que ser absoluta. La cooperativa periodística de *Excelsior*, el gran diario en que estuve trabajando cuatro años y donde decían admirarme y quererme mucho, se limitó al ver que ya no podía seguir exprimiéndome, a hacer que se me pagaran los cuatro meses de sueldo que prescribe la ley mexicana, y después... ¡nada! Cuánto pudiera yo decirte acerca de esta frialdad! Fui uno de los fundadores de la segunda edición de ese diario llamada *Ultimas Noticias del Excelsior*, en la cual no se gastaron sino doce mil pesos y que hoy se calcula que vale no menos de un cuarto de millón. Siempre se me dijo, y se me repitió hasta el fastidio, y se repite aún, que mi pluma fué uno de los tres factores principales de la estupenda victoria editorial.

Y, sin embargo...

El Presidente Santos tuvo la bondad de enviarme doscientos dólares en marzo; después el Ministro Zawadzky me ha ayudado con toda la corta largueza que le ha sido posible. He vendido mi biblioteca, mi máquina de escribir

mis trajes, cuanto tenía; y me hallo hoy ante la terrible realidad de no poder trabajar y de no saber por cuantos meses habrá de prolongarse esta dolorosa agonía espiritual.

Ahora quiero preguntarte: ¿es posible intentar en Colombia algún esfuerzo encaminado a ayudarme económicamente, con la seguridad de que tal esfuerzo no ha de fracasar? La ayuda ha de consistir, primero, en el envío inmediato de una suma que me permita estar tranquilo, operarme y medicinarme en completo reposo, siquiera durante un mes; y después en algo más, que podría serme enviado en meses sucesivos, siempre por conducto del Ministro Zawadzky. Me parece inútil decirte que la solución de mi tragedia no puede estar lejana, pues creo (acaso muy optimistamente) que si para fines de este año no ha habido en mi organismo una reacción favorable, no llegaré con vida al fin del invierno.

Esta solicitud te la formulo con infinita pena, y quiero que no se haga nada festinadamente, y menos que se hable por anticipado en los periódicos acerca de mi situación. Ya alguien dijo en un artículo que yo agonizo frecuentemente. Y aquí, en los diarios comunistas y cardenistas, que hasta hace poco me atacaban sin misericordia, se ha estampado que yo finjo agonías para explotar la candidez del público.

Si entre mis amigos de Colombia me dirijo a ti es porque me consta la estimación que siempre me has tenido y porque sé que juzgas con sencillez y rectitud las tragedias de los poetas. Además, tú tienes en Colombia una autoridad moral y un prestigio literario que te garantizan el mejor éxito en cualquier esfuerzo de esta índole que quieras iniciar. Otros amigos de allá en quienes tengo confianza son—además del doctor Eduardo Santos y el doctor Luis López de Mesa—Luis Eduardo Nieto Caballero, Fabio Lozano y Lozano y Francisco Mora Carrasquilla, residente este último en Angostura; fuimos compañeros de infancia; en la lotería de la vida, a él le tocó ser hombre práctico y hacerse rico, mientras que yo no hacía sino canciones.

Tengo la seguridad de que no estoy hablándote de cosas quiméricas, puesto que tú mismo, en tu carta a que más adelante aludo, me decías que es extraordinario el renombre de que gozo en Colombia y la altísima estima en que allá se tiene mi obra lírica. Ha llegado el momento de que tal estima se convierta en algo más que bellas palabras. Si a la fama que dices tú que me circunda se unen tu talento, tu entusiasmo por los mártires de la expresión

poética, y tu energía y sentido práctico, ¿por qué no hemos de triunfar?

Me hace falta decirte ligeramente algunas otras cosas antes de dar fin a esta lamentable carta.

La curación de mi enfermedad, que parece no ser imposible, se ha hecho difícil por haber carecido de la atención que requiere un caso como el mío: no tengo familia ni servidumbre y moro en el corazón de esta metrópoli, en un cuarto de hotel estrecho y mal ventilado. Todos los médicos me dicen: *hospitalicese*; pero México, el vasto y opulento México, no cuenta por ahora sino con un sanatorio oficial donde admiten tuberculosos—que es el de Huipulco—, y con uno particular, el de la Colonia yanqui, donde la cuota de admisión es muy alta. Si logro verme con algún dinero, no vacilaré en recluirme en ese establecimiento.

El Ministro Zawadzky hizo un esfuerzo por ver si le era posible conseguir que se me internara en algún sanatorio u hospital dependiente del Gobierno, y al efecto habló con alguno de los Secretarios de Estado, pero no logró sino vanas promesas. Yo luché también por ingresar a Huipulco, pero su Director, el eminente doctor Alarcón, no obstante que había sido mi médico particular, me dió una negativa rotunda, fundándose en estos tres hechos: que soy extranjero (!), que tengo más de cincuenta años y que mi enfermedad es de evolución lenta.

De mis amigos de aquí, los que me visitan de tarde en tarde se cuentan con los dedos de la mano y sobran dedos; en México un poeta no vale ni la centésima parte de lo que significa un lidercillo analfabeto. Hay, es claro, un núcleo de intelectuales distinguidos que sin duda querrian ayudarme si yo apelara a ellos; aun pienso que el propio Presidente Cárdenas, tan generoso y justiciero, no me negaría su auxilio; pero no he creído decoroso acudir a estas fuentes de reserva mientras pueda tener esperanza de que mi Patria no me dejará abandonado.

A otra cosa.

En agosto de 1937, mientras sufría en el Hospital de los Ferrocarriles Mexicanos, recibí una carta tuya (que tengo a la vista), de fecha 14 de junio de ese mismo año. Como yo no podía escribir personalmente, pedí a *Excel-sior* que me enviase algún mecanógrafo para despachar mi correspondencia. Fué al fin un alumno de la Escuela Bancaria el que prestó ese servicio; pero de tal modo, que no pude aprovechar la carta que él me tomó al dictado por sus groseras incorrecciones, y después

no tuve fuerzas para insistir. El borrador de esa carta, en papel ya amarillento, te lo envío ahora, aunque no sea sino como una *curiosidad*.

Aquí en México hay algunas personas que me instan a hacer, con el apoyo de ellas, una edición completa de mis versos, en la cual aparezca mi producción lírica en su forma definitiva y se incluyan los poemas de los últimos tiempos; no sé si me determine a hacerles caso; es tal mi fatiga, que temo quedarme a la mitad de la empresa. Además, yo lo que necesito hoy con urgencia es defender mi vida antes que mi producción intelectual. Si mejoro un poco (la esperanza vacila en mi pecho como una llamita azul batida por el viento), entonces me sobrarán medios de cerrar dignamente la carrera lírica que inicié en Barranquilla con *La Tristeza del Camino* y *Campaña Florida*, mis dos primeros poemas, tan incorrectos pero tan hondamente saturados de belleza de la más alta calidad. Otro de los anhelos que no mueren en mí y por el cual deseo tan ardiamente sanar o al menos reponerme un poco, es el de volver a Antioquia, con el fin de obtener datos que me son indispensables para mi libro de *Niñez*... ¿Me estará reservado morir en país extranjero y sin poder dar a mi patria el testamento de amor y pureza de esas Memorias?

En el ejemplar de *La Canción de la vida profunda* y otros poemas leí tu bellissimo artículo sobre mis versos y mi vida. Ya te escribiré largo sobre esto si la energía no me acaba de abandonar.

Quisiera, ilustre poeta y amigo, decirte muchas cosas más, pero es imposible. Ruégote presentar a doña Blanca y a tus hijos el testimonio de mi respetuoso afecto y pedirles a todos que oren por mí. Parece que, después de todo, la oración conserva su eficacia y su perfume.

Y adiós. Te estrecha la mano cordialmente,

Porfirio Barba-Jacob.

—El que asiste a un moribundo con la esperanza de que lo herede es un buitre alrededor de un cadáver.—*Séneca*.

COLECCIONES DE ARIEL

Números 1 al 112 (sin pasta)... \$ 75
Núms. 1 al 117 (2 tomos empastados) 88

CHILDE HAROLD

(Traducción de Junemann).

Triste y grave, negra nave
surca a vela el vasto mar:
disfrazados son; callados;
conduciendo un muerto van.

Poeta muerto; yace muerto.
Y en la luz del cielo está
aun clavada su mirada;
siempre en él la muda faz.

Cual amada, flébil hada
gime en torno, en lo hondo, el mar;
olas tiende el barco y hiende
con ruidoso suspirar.

Enrique Heine.

TREINTA Y CINCO NORTEAMERICANOS FAMOSOS

Para fines de este año o principios del próximo se pondrá en circulación en los Estados Unidos una nueva serie de sellos de correo, la cual comprenderá treinta y cinco timbres diferentes en que se honrará la memoria de otros tantos norteamericanos famosos. Dando cuenta de este suceso filatélico, la prensa del país ha recalcado el hecho de que entre los treinta y cinco de la fama figure un hijo de la raza negra, el educador Booker T. Washington. En la composición de esta lista han intervenido, además del Departamento de Correos, las sociedades filatélicas y algunas entidades culturales, patrióticas y comerciales. La serie se divide en siete grupos, según la actividad por la cual se distinguieron los elegidos. He aquí la legión de honor norteamericana:

Autores: Ralph Waldo Emerson, Samuel L. Clemens (*Mark Twain*), Washington Irving, Louisa May Alcott y James Fenimore Cooper. Artistas: James A. McNeill Whistler, Daniel Chester French, Augustus Saint-Gaudens, Gilbert Charles Stuart y Frederic Remington. Poetas: Henry W. Longfellow, James Whitcomb Riley, Walt Whitman, John Greenleaf Whittier y James Russell Lowell. Educadores: Horace Mann, Charles W. Elliot, Booker T. Washington, Frances E. Williard y Mark Hopkins. Inventores: Alexander Graham Bell, Eli Whitney, Samuel F. B. Morse, Elías Howe y Cyrus H. McCormick. Compositores: John Philip Sousa, Edward A. McDowell, Stephen Foster, Victor Herbet y Ethelbert Nevin. Investigadores científicos: Luther Burbank, doctor Crawford

W. Long, Doctor Walter Red, John James Audubon y Jane Addams.”

NOTA DE ARIEL.—Nos *asombra* que en la lista anterior se hayan omitido, entre los poetas y los inventores, los nombres de Poe, el máximo poeta, no de los Estados Unidos, sino de toda la América; y de Edison, el genial inventor, universalmente conocido.

La LIBRERIA ARIEL remitirá inmediatamente los libros que se le soliciten de las provincias o repúblicas vecinas, previo el envío de su valor y el del porte postal.

Anecdotario centroamericano

CONFUSION DE NOMBRES (*)

En la Administración del Dr. Marco Aurelio Soto—de resonante recordación en Honduras—desempeñaban los cargos de Comandante de Armas y Mayor de Plaza de Tegucigalpa, respectivamente, los coroneles José María Reina, hondureño, y José María Reina, guatemalteco.

Como el homónimo produjera dificultades en el servicio, el Comandante propuso al Mayor de Plaza que ambos añadieran a su nombre y apellido la inicial de su apellido materno. Pero al hacerlo advirtieron que continuaba la confusión por cuanto el hondureño se llamaba:

José María Reina B. (Bustillo). Y el guatemalteco *José María Reina B.* (Barrios).

Entonces dejaron que el azar resolviera quien de los dos debería firmar con el apellido materno completo, para cuyo fin arrojaron al aire una moneda. La suerte señaló al Mayor, que se llamó desde aquel día

José María Reina Barrios.

Pasaron los años, y este último apellido—célebre en los anales de la Unión Nacional—fue una bandera de triunfo que llevó al ex-Mayor de Plaza de Tegucigalpa a la Presidencia de Guatemala.

El otro José María Reina, ya siendo general como su homónimo, llegó a figurar en la Historia de Honduras como Vice-Presidente de la República.

Froylán Turcios.

(*) Publicado en una revista hondureña con nuestro pseudónimo *Guspar de la Noche*.

¡QUE DESCANSADA VIDA!

Lejos de todo poblado, en una playa de la costa del Brasil encontré dos sujetos contemplando el mar. La conversación que tuve con ellos fué la siguiente:

—Y ¿qué hacéis aquí?

—Cuando es de día, miramos los cambios de la marea; durante la noche, dormimos.

—En fin, dicho con otras palabras, no hacéis nada.

—Si usted quiere.

—¿Y no os cansáis de no hacer nada en todo el día?

—¡Claro que sí! Pero cuando nos cansamos, nos echamos a descansar un rato.

SENTENCIA, PROVERBIO, ADAGIO, REFRAN

La sentencia, es sabia.

El proverbio, moral.

El adagio, agudo.

El refrán, alegórico.

La sentencia es un filósofo.

El proverbio, un mentor.

El adagio, un viejo.

El refrán, todo el mundo.

El refrán es la ciencia, la poesía del vulgo y del sabio, una erudición y una belleza que no tienen igual.

Los refranes son indudablemente la primera gloria del habla castellana; uno de los misterios del libro más grande que en su género han escrito los hombres. Quitemos los refranes al *Quijote* y desaparecerá una gran parte de aquel inmenso libro.

Fray Luis de León y Santa Teresa de Jesús tienen sentencias.

El marqués de Santillana, proverbios.

Los viejos, adagios.

Sancho Panza, refranes.

R. B.

LA VOZ DE MARCO AURELIO

—Cada vez que quieras estar contento, piensa en las cualidades de los que contigo viven: por ejemplo, en la actividad de éste, en la modestia de aquel otro, en la generosidad del de más allá. No hay nada que tanto alegre el alma como la imagen de las virtudes que sobresalen en las costumbres de los que viven con nosotros. Trata, pues, de tener siempre ante la

vista este cuadro.

—Pretende el ambicioso que su felicidad depende de otro; el lujurioso, de sus pasiones; el sabio, de sus actos puramente personales.

Un ateniense, poco elocuente pero muy fogoso, una vez que su contrincante hubo terminado su magnífico discurso, subió a la tribuna y dijo:

—Hombres de Atenas: todo lo que él ha dicho lo haré yo.

EL VENADO

Fragmento

Agil y esbelto, y sabio en el saber que el indio lo prefiere entre las bestias por su carne olímpica que sabe a pulpa de maíz y miel, aprendió a ser como árbol del camino, como rama de árbol conmovida, como pedazo de árbol o de sombra de árbol, en la antigua piedra maya.

Clemente López Trujillo.

LIBROS DE FROYLAN TURCIOS editados en París

<i>Cuentos del Amor y de la Muerte</i>	4.00
<i>El Vampiro</i> (novela)	3.00
<i>Páginas del Ayer</i>	3.00
<i>Flores de Almendro</i> (poesías)	3.00

En la LIBRERIA ARIEL

60 varas al sur de la capilla del Seminario.

NO ME CREO DIGNO

El alcalde de Rávena invitó a D'Annunzio a un acto de conmemoración del Dante, que sería aprovechado para tributarle un homenaje y proclamarlo su sucesor en los tiempos actuales.

D'Annunzio agradeció que se acordasen de su persona, pero repuso pausadamente:

—No me creo digno.

Estas palabras, a la mayoría de las gentes que se detuvieron sólo en las actitudes efec-tistas del gran hombre desaparecido, le sonarán casi increíbles. No obstante retratan al autor de *Odas bárbaras*, *Contemplación de la muerte*, *La hija de Yorio*, *La ciudad muerta* y tantas obras que han hecho su nombre imprecadero por ser todas aisladamente y en conjunto elevadísimas expresiones de arte, nutridas del acento inimitable del genio.

ARIEL

Nos han llegado los números 112 y 113, correspondientes al 15 de abril y 1º de mayo del corriente año de la revista ARIEL, que dirige en la ciudad de Costa Rica el poeta Froylán Turcios. ARIEL sigue siendo la revista preferida de los intelectuales de América, pues sus páginas reflejan el sentir y el pensar de los más altos espíritus del Continente.

*La República, San Salvador,
21 de Mayo de 1942.*

EL CANAL DE PANAMA

Huelga señalar la importancia vital del Canal de Panamá en la hora trágica que vive el mundo. Durante muchos años y en las especulaciones de una posible guerra se han escrito miles y miles de cuartillas en torno a la situación estratégica de esa vía. ¡Y la guerra ha llegado! Por ello, Panamá y su Canal han de ser objeto de concentrada atención. Panamá es puerta de los mares y zona de dos continentes. Brazo tendido entre los pueblos en un gesto de confraternidad. Une por el agua y une por la tierra. Une también por el aire. En ella se encuentran todas las vías del universo y por ella pasan hombres, ideas y productos de todas las razas y de todos los países.

Octavio Méndez Pereira.

LA GENEROSIDAD DE ALEJANDRO

Aunque Alejandro era dadivoso por naturaleza, a medida que crecía su poder crecía también su generosidad; y ésta iba siempre acompañada de amabilidad y benevolencia, que es como los beneficios inspiran verdadera gratitud. Vamos a recordar aquí algunas de sus anécdotas:

Aristón, uno de sus generales, había dado muerte a un enemigo, y mostrándole los despojos a Alejandro, le dijo:

—Entre nosotros, ¡oh rey!, este presente se recompensa con un vaso de oro.

—Vacío— le contestó Alejandro sonriente—, y yo te lo doy lleno de buen vino, y bebo antes a tu salud.

Otro día, uno de sus soldados guiaba una mula cargada con un tesoro arrebatado a los vencidos; y como el animal se cansara, tomó el hombre la carga y se la echó a la espalda.

Notándolo fatigado y cuando ya iba a dejarla caer, Alejandro lo reanimó con estas palabras:

—Si las llevas hasta tu tienda, todas esas riquezas serán para ti.

A Serapión, uno de los mozos que jugaba con él a la pelota, no le dió nunca nada, porque nunca le pedía cosa alguna; y en una partida, como Serapión le pasase siempre la pelota a los demás, le observó el rey:

—¿Y a mí, no me la pasas?

—Como nunca me la pides...—le respondió el mozo.

Rióse el rey, y le hizo un gran regalo.

A su madre le dió y envió muchos presentes, pero jamás le permitió entrometerse en el gobierno ni en el ejército, y habiéndole reclamado ella, supo satisfacerla sin menoscabo de sus convicciones. En cierta oportunidad, recibió una carta, en la que se le hacían revelaciones sobre la actividad que, contra él, desarrollaba su propia madre, y, no bien la leyó, dijo:

—El que esto ha escrito no sabe que una sola lágrima de una madre basta para borrar millares de cartas.

Plutarco.

José Luis Pujol

Abogado & Notario Público.

Casilla de Correo 1722.

Bufete: Ave. 4ª, Calles 1/3.

San José, Costa Rica, A. C.

Honduras

CONCURSO LITERARIO NACIONAL

*Patrocinado por la Secretaría
Privada de la Presidencia*

La Secretaría Privada de la Presidencia ha declarado abierto hoy—24 de abril—un concurso literario sobre el General Francisco Morazón, con motivo del primer centenario de su fusilamiento en San José de Costa Rica.

Los trabajos que deberán presentarse al Concurso son los siguientes: un Ensayo, novela o biografía, sobre el General Morazán y un Poema.

Los trabajos deberán enviarse bajo seudóni-

mo al señor Director de la Biblioteca Nacional, Ingeniero Miguel Augel Ramos, bajo cuya custodia quedarán hasta que el fallo sea pronunciado. Para este último efecto oportunamente se designará un Jurado idóneo. Bajo sobre cerrado se enviará el nombre del autor correspondiente al seudónimo usado y a la obra.

Para el Ensayo, novela o biografía, se establece un premio de 1.000.00 lempiras; y para el Poema uno de doscientos lempiras.

Se admitirán trabajos de todo el país.

El Concurso se cierra el primero de septiembre de 1942. Y el 14 del mismo el Jurado dictará el fallo correspondiente.

La Secretaría Privada de la Presidencia.
Tegucigalpa, D. C., 74 de abril de 1942.

**Pida
Bavaria - Gold...**



y le darán cerveza..

Cervecería Ortega-San José, Costa Rica

NO TENGAS MIEDO

El miedo es un vano y ridículo fantasma que se apodera del hombre para mofarse de él.

La gracia, la serenidad, la libertad, son los dones por los que podemos asemejarnos a los espíritus superiores, ¡y pueden perderse por el miedo!

El miedo sólo puede dominar a los enfermos, a los cobardes y a los tontos. Si estás enfermo, fortalécete; si eres cobarde, animate y reflexiona; si eres tonto, somete tus facultades a un ejercicio moderado y constante que te des-pabile.

Contra la enfermedad, la cobardía y la estupidez, hay un arma formidable; la voluntad; por algo se repite todos los días aquello de que: *querer es poder.*

Poniendo en actividad la razón, el miedo

desaparece como por encanto; un esfuerzo razonable de la voluntad es por sí solo suficiente para dar fin al temor que conturba y amilana, robándonos la acción, aminorando nuestras fuerzas y dejándonos temblorosos e indefensos.

¡Hombre miedoso! Mira hacia atrás y convéncete de que nadie te persigue; dirige tu vista al frente y verás cómo no hay obstáculos que puedan entorpecer tu marcha; observa a tus costados y cerciórate de que nadie te acecha; eleva tu mirada hacia arriba y descubrirás que a ti también te cobija el bondadoso cielo. ¿Por qué temes, pues?

Eres tú solo el que finges persecuciones, entorpecimientos, acechanzas y abandonos; tú el que te haces más pequeño, más pobre, más desventurado de lo que eres.

Tu miedo inmovilizado es el que te hace víctima cuando debes marchar con la seguridad del triunfador.

¡Ánimate! No pases por la vida como el que huye; apura con valor los brebajes amargos que pueda contener tu cáliz; porque también en tu cáliz hay dulzuras que están esperando en vano a que tú las saborees.

No hay lágrima de que no pueda brotar una sonrisa, ni zozobra que no vaya seguida de unos momentos de augusta tranquilidad.

¡Animo! El que teme a las espinas no podrá nunca llevar sonriente en la mano un ramillete de rosas, como delicada ofrenda de amor.

Vence tu miedo con voluntad firme, porque sólo así podrás afirmar que has vivido."

VIEJAS CARTAS

San Salvador, 15 de junio de 1916.
Sr. don Froylán Turcios,

Tegucigalpa.

Mi distinguido amigo y admirado poeta:

Doy a Ud. infinitas gracias por la reproducción de *La ofrenda del bracmán en Esfinge*, y lo felicito por la reaparición de esa preciosa revista, que es más que todo una antología del movimiento literario contemporáneo, en que hace las veces de los comentarios el admirable buen gusto y el elevado juicio que Ud. emplea al escoger las flores y formar el florilegio.

Con gusto le enviaré el volumen de mis *Obras* y no lo he hecho aún porque tiene más de quinientas páginas en 4º y el correo exigiría que se dividieran en dos partes. Como tengo diez ejemplares apartados para el Ateneo

de Tegucigalpa y uno para el Dr. Rómulo E. Durón que me envió en canje el primer tomo de Don José Cecilio del Valle, si fuera posible entregar aquí al Consulado del Gobierno de Honduras los doce ejemplares para su buen empaque y su buena conducción, esto me sacaría de apuros. El Ateneo de San Salvador me pide obsequiosamente las obras para remitirlas. Pero los rollos que hacen de estos volúmenes de papel satinado les dejan un aspecto lamentable. Prefiero un cajoncillo de pino que un Consulado supiese adaptar al objeto.

Espero con ansia el artículo que se digna ofrecermelo sobre mi libro y lo guardaré como un valioso premio de mis trabajos.

Le envío mil felicitaciones por su labor literaria y esperando sus órdenes y haciendo votos por su prosperidad, soy de Ud., con la más distinguida consideración, su atento seguro servidor y amigo.

Francisco Gavidia.

San José, Costa Rica, 28 de abril de 1917.
Amigo y querido poeta:

Déjeme Ud. llamarlo así porque hace años su espíritu exquisito y bello ha sido mi constante compañero en horas de nobleza y de amor.

Aquí en Costa Rica, cerca ya de Honduras, no puedo menos que saludarlo con toda la efusión de mi sinceridad y afecto.

Probablemente pase pronto por allí a darle un abrazo a Ud. y a mi hermano del alma, Ricardo Arenales, cuyo extraordinario espíritu y desmesurada fuerza intelectual ya sé cuanto aprecia Ud.

Hasta entonces, pues; y entretanto, ahí va toda mi alma, si cabe en este *miserio búcaro del verbo*.

Quedo siempre su sincero amigo,

Leopoldo de la Rosa.

A Froylán Turcios,
Tegucigalpa, Honduras.

KIPLING era uno de los escritores más leídos del mundo, pero que no reveló nunca a nadie el monto de su fortuna. La venta de sus obras se mantenía desde hace muchos años, a una medida de 200.000 ejemplares por año en Inglaterra y 100.000 ejemplares en los Estados Unidos. En Inglaterra la venta del *Libro de la Jungla* ha sobrepasado a los 400.000 ejemplares; la de *Rim* los 380.000. Agreguemos que jamás se editó en Gran Bretaña ningún libro de Kipling a precios populares.

RETABLOS BOLIVARIANOS

Yo he nacido para cantar en las plazas
de ciudades y pueblos
la vida mágica de aquel hombre.
Canta, oh Musa! la cólera sagrada
de quien no tiene idioma
y conoce todos los ritmos del Silencio.

Carlos Pellicer.

(Elegía a Simón Bolívar).

Ruta

Repetir emociones sencillas, prestigiadas por lejanías de años, es uno de los pocos privilegios que queda a los artistas cuando han recorrido ya toda la gama móvil de la sensibilidad humana. Tal vez por eso escribió Oscar Wilde que la única manera de curar las complicaciones del espíritu era retornando a los placeres elementales.

Releer un libro de esos que poetizaron nuestra adolescencia, visitar un paraje que nos fué grato en la infancia, saborear un vino que antaño nos fué familiar, volver, en fin, a las cosas sencillas o a las emociones simples, todo esto después de una intensa y turbulenta vida de refinamientos ácidos, es algo que tiene sabor amable, no le hace que los recuerdos brillen como guijarros en el fondo del agua, con algunos sedimentos de melancolía o tal cual arenilla de nostalgia.

Tales pensamientos me los ha sugerido el retorno a la Quinta de Bolívar de Bogotá, en estos días inútiles de mayo fresco. Tenía sabido y gustado en mis años estudiantiles, ir con frecuencia a esa mansión litúrgica a dialogar con la sombra prócer de mi Simón Bolívar, con ánimo de explorar los yacimientos submarinos de su alma oceánica y creadora. Diez años después, en grata compañía, y para disipar tedios dominicales y altiplanos hastíos, he vuelto a soñar bajo el follaje lóbrego de los árboles abuelos, testigos de las lágrimas, de las congojas y de las pequeñas alegrías amorosas del genio. Y he hallado ahora, en esta peregrinación sentimental, más, muchos más motivos de sabrosa tristeza, que cuando era mozo irreflexivo, y sólo las pasiones políticas eran mis rutas de tránsito. La vida, y un mejor conocimiento de la existencia bolivariana me han dado óptimos elementos de juicio para comprender el alma en ascuas de Bolívar. Mejores son mis apreciaciones actuales que las de ayer, porque ya lo conozco cabalmente y ahora más que nunca, mi ternura hacia el Libertador se hizo más patente y fructuosa, puesto que tiene el ardor fogoso del converso. Porque yo—¡perdón, oh Padre de mi América!—soy uno

de los últimos convertidos a don Simón Bolívar. Yo renegué de él en mi primera juventud, yo le vilipendí *sañudamente* cuando en esa edad impávida era un santanderista fanático que hubiera entrado, puñal en mano, a la alcoba de San Carlos, de haber sido amigo y compañero de Luis Vargas Tejada.

Por esa época, Bolívar era para mí un mulato afortunado, un extranjero venido de vecino país en busca de buen suceso; un advenedizo con afán de logro, un mercenario del capitalismo inglés, y peor que todo esto: un tirano de odiosa cimitarra liberticida. Sus ideas continentales me parecieron prestadas, y escritas por maliciosos secretarios que conocían su ambición; y su vida mujeriega, parrandista y locata, me parecía indigna de un héroe de veras, tal como concebía yo entonces la heroicidad: disciplina, vivir sobrio, continuo otear hacia más allá. Ignoraba el muy ingenuo estudiante que lo más admirable en la vida de Bolívar es su voluptuosidad de ardientes zumos, su capacidad humana de pasión para luchar, gozar y sufrir, para amar enteramente y darse en totalidad a un ideal romántico que envolvía su ensueño como un púrpura sin pliegues. Era yo en ese entonces un perfecto granadino, un jovenzuelo soñador que aún creía en el código civil y en las constituciones, en la igualdad y en la fraternidad, en el parlamento y en la democracia, en los ángeles de Rionegro y en los líricos de la Revolución de Francia. La grandeza de Bolívar no me alcanzaba ni por pienso y sospechaba a menudo que ella más era fruto de la hipérbola tropical y de sus fanáticos amigos, que verdadera consecuencia de grandes hechos.

Pero como el de Tarso, yo también tuve mi camino de Damasco, y ésta es una dádiva que no pagaré jamás con oro justo a los esquivos dioses. Estando en Buenos Aires, sin haber podido hallar a todo lo ancho de la pampa ni si-

quiera un busto para el escultor de cinco repúblicas y habiendo oído con frecuencia agravios contra Bolívar por parte de eminentes hombres australes y un sórdido rencor en todos ellos, me dije asombrado:

—¿Qué clase de varón es éste, que aún ahora, pasados cien años de su fallecimiento, despierta esta clase de odios y de afectos?

Intrigado por esto, díme a bucear con ansia a través de esa aime caudalosa y fiera que cubre por sí sola y por su propia virtud la historia de América. Prevenido contra él, temeroso de llegar a comprenderlo a costa de rectificaciones dolorosas, listo a juzgarlo con dureza ejemplar, mirado sin calor ni entusiasmo pero con oculta curiosidad, no hubo zona espiritual que yo no transitara, a fin de convencerme de si verdaderamente la gloria de Bolívar era justificada en el norte, tanto como el oscuro rencor con que los argentinos lo miraban al decir su nombre. Leí cuanto amigos y enemigos escribieron sobre el Libertador, desde la apasionada y fulgurante apología de Rufino Blanco Fombona, hasta las frías y sinuosas estocadas que el general Bartolomé Mitre le infligió en su gigantesca obra consagrada a San Martín. Cumplí fielmente, para otear y amar a Bolívar, lo que me había aconsejado un griego para estos casos de conciencia: *Odiadle, como si un día tuviéseis que amarle. Amadle, como si un día tuviéseis que odiarle.* Hoy amo a Bolívar con desnuda pasión y con una intensidad igual a mis odios antiguos. Esta es una de las mejores conquistas que debo a la Vida.

Y una tarde de otoño lívido, a orillas del Río de la Plata, a esa hora malva en que las fragatas y las pequeños naves apenas si se balancean sobre los rizos de estafío de sus aguas, solo y pensativo por la playa, entre millares de almas grises, lloré con pesadumbre mis viejos y estériles rencores, lamenté los días de adolescencia que malgasté odiando al Libertador sin causa, suspiré arrepentido por mi torcida ingratitud y pedí perdón a los dioses de la patria por los años que no fui suyo, por mis apasionadas injusticias, y por las puertas de acero que puse a mi corazón para silenciar sus llamadas. Por ventura mía, cuando fui infiel a Bolívar lo hice también sinceramente, con vehemencia, como un girondino enamorado de una libertad mentida. Lo negué tres y más veces porque no lo conocía, porque no lo comprendía, sin la cobarde falsedad de Pedro que negó al Maestro servilmente, a pesar de que lo conocía, de que lo comprendía y de que lo amaba. Sean estas circunstancias atenuantes motivos para que se me juzgue con benevolencia

A R I E L

Aparecerá cada quince días en cuadernos de 32 páginas.

La serie de 3 números vale.... ₡ 1.50
Número del día..... 0.60
Número atrasado..... 0.70

En Honduras y demás países de Centro América y en el exterior la serie de 3 números vale treinticinco centavos oro o su equivalente en moneda nacional.

y para que se dé más valor a mis palabras de apóstol vagabundo.

Más ahora, de regreso de varios errores moceriles, hechas a su vez muchas rectificaciones saludables, ya erigido en mi alma un altar de pasión y de fe para su obra, cierto de que no hay en la América nada más grande que Bolívar, como escribió el uruguayo, me dí a confesar su gloria en alta voz, por todos los meridianos, con el cálido fervor de un catecúmeno.

Hay en la vida de los creadores y de los genios, ciertos detalles geográficos o algunos accidentes de lugar, que juegan determinado papel en sus obras. En el vivir de Bonaparte hay tres islotes que son hitos de su borrascosa existencia: Córcega, Elba y Santa Elena ciegran el triángulo emocional del más perfecto de los latinos. Entre nosotros, en pequeño, tres ríos pasan por la vida de Isaacs, que cumplen su misión cósmica y desconocida y que son factores de sugerencia en su tránsito dolido por el mundo. Mario Carvajal, en un libro admirabilísimo, subrayó agudamente esta circunstancia fluvial, cuya influencia escapa a los hombres, pero no por ello deja de ser significativa y de prestarse a sutiles conjeturas.

En la peregrinación de Bolívar por la tierra hay tres mansiones hidalgas que son también el triángulo emocional de su vida hazañera: la de Lima, que es la sonata de estío cuyo retablo pudiera bautizarse así. *La Magdalena o la Voluptuosidad*; la de Bogotá, sonata de otoño, que pudiera rubricarse: *La Quinta de Bolívar o la Melancolía*; y por último, viene la residencia de Santa Marta, que es la sonata de invierno, y que pudiera llevar por título: *San Pedro Alejandrino o La Muerte*.

Sobre cada una de estas tres mansiones voy a dibujar un retablo fugaz a pura tinta, que habrá de ser materia para tres viñetas posteriores, biseladas con luces claras de domingo.

Bernardo Arias Trujillo.

A ROSA

Pues ya tu gracia culmina
y tu hermosura enajena,
más que la rosa morena
y la esmeralda matina,
eres la rosa más fina,
rosa en flor, rosa risueña,
y a la vez la más limeña,
la rosa más exquisita
que en estos jardines sueña,
Rosa, Rosaura, Rosita.

Rafael Heliodoro Valle.

EL VENDEDOR DE PERIODICOS

Llueve. Las cinco y media de un atardecer de junio. Insistente la garúa, tórñase eco sordo al estrellarse contra las aceras y los caños repletos.

Por el espacio gris, lamentablemente gris y llorón, aléjanse copos errabundos.

Los transeúntes caminan saltando charcos, atropellándose casi, bajo los paraguas lacios y deslucidos de humedad; van presurosos a sus hogares tibiamente confortables y acogedores, en este anochecer inclemente.

Entre el bullicio y el desorden de la calle, dominando la estridencia de las bocinas y el gruñido de un perro castigado desde una sasería, el vendedor de periódicos lanza su grito agudo: *La Tribuna... El Diario... La Hora... — La Tribuna, El Diario. Cómpreme el Diario...*

Hay algo en la voz y en los ojos del chucuelo empapado, que induce a complacerle. Un deseo piadoso de que termine pronto y vaya a su humilde pero abrigado refugio donde la mamá le espera con ansiedad.

Quizás, con los cuatro centavos que lleve, tendrá hoy una mejor cena.

—*La Tribuna... El Diario...*

El eco de la voz friolenta va rodando y alargándose sobre la avenida, se mete por las ventanas abiertas, choca en los portales y por último se enreda en los hilos y postes de la luz eléctrica y ahogada, la confunden y la despedazan las seis pausadas vibraciones del ángelus.

Leticia Rivera.

Junio de 1942.

LA MADRE

La inmensa avenida es una inmensa soledad. El oscuro pavimento de su longitud en penumbra semeja el lomo brillante de una gran serpiente aletargada, bajo el silencio de girón de crepúsculo, que prendido quedó, allá, en la cordillera enneblinada.

Cesó la llovizna y el firmamento despejado, comienza a florear *maravillas* y margaritas in-

Emitiremos un breve juicio sobre los libros que nos remitan sus autores o las casas editoriales.

El frío es intenso. En el portal de una casa está una mujer joven, grácil y morena, con una niña. La criatura apenas tiene dos años. Son madre e hija, y aunque fatigada, las facciones de la joven denotan altivez y nobleza.

Habían llegado con los romeros de Cot a la romería de *La Virgen de los Angeles*. Pronto quedaron sin un centavo. A su pueblo no podían volver por haber vendido el ranchito que tenían. Con ese dinero hicieron el viaje y pagaron *la promesa*.

Hace tres días que busca un empleo, no importa cuál.

El inconveniente es la niña. Si no fuera por eso...

Ahora busca dónde dejarla.

Así podrá encontrar libremente trabajo.

Están hambrientas y ateridas.—;Por última vez llamará!

Esta reflexión es un ruego a sus antepasados.

—Mamá, tengo frío. Quiero pan.

—Espérate, ahorítica te doy.

La voz de la madre es triste y cansada. En sus ojos hay ansiedad, y un gran rencor comienza a germinar en sus entrañas.

Aquella hija de su corazón sufre, y ella no puede impedirlo.

Esta casa, ¡la quinta, la décima, la última! Sí, no...

Amanece. La alegre algarabía de los pájaros tiene algo de ironía trágica, al profanar el silencio de aquel rincón del parque en esta mañana espléndida: acostada suavemente sobre uno de los bancos públicos está la niña de dos años; parece dormida; pero a un lado hay una botellita y un vaso volcado.

—*Láudano*—dice la nota del policía que dió el parte.

En la venta *Los Cuatro Gatos* busca y encuentra trabajo una mujer: es joven, grácil y morena. Por su porte altivo y noble parece descender de alguna casta superior de entre los indios del *Guarco*. En sus ojos florece una tristeza que agranda y abrillanta la llama de un gran rencor.

Leticia Rivera.

PARTICULAS DE ORO

—El bostezo es un grito silencioso.—G. K. *Chesterton*.

—Decir: *Todo el mundo habla de él* es un elogio; pero decir: *Todo el mundo habla de ella* es una elegía.—*Anónimo*.

—Los años que se quita una mujer no se pierden: los añade a la edad de sus amigas.—*Comtesse Diane*.

—La patriotería—lo que los franceses llaman *chauvinisme*—es una enfermedad del patriotismo.—*Miguel de Unamuno*.

—Un crítico es un cojo que enseña a correr.—*Francis Wilson*.

—Así como un ganso no se asusta a sí mismo con sus graznidos, ni un asno con sus rebuznos, tampoco nos debe alarmar el clamor de las multitudes inconscientes.—*Epicteto*.

—Más daño produce una calumnia que víctimas una peste.—*Sócrates*.

SUEÑO MACABRO

No sé por qué el silencio misterioso, la tapia del convento y su quietud, evocaron un tiempo luminoso de mi ardiente y dorada juventud.

Soné con una edad bárbara y fuerte, con torneos, princesas y baladas, con hidalgos que retan a la muerte y amores que se ganan a estocadas.

Y así—suspenso en el ideal momento—y rodeado de sombras del Ayer, escuché la campana del convento y, al oírla, vibró todo mi ser.

En ese instante yo no fui quien era; murió la luz que en mi interior fulguró y viví entre fantasmas, cual si huiera yo también de mi propia sepultura.

Román Jugo.

Costa Rica, junio de 1942.

LA EQUITATIVA

AGURCIA, WALTER Y CIA.

Jabón, velas y cirios.

Productos manufacturados con materiales puros de la mejor calidad.

Tegucigalpa, D. C., Honduras, Centro América.

LA CREACION POETICA

—El verdadero poeta siente dentro de sí una especie de mediumnidad que lo hace confiado y humilde. Humilde, porque sabe bien que no se le ha elegido para esa voz, como se elige un órgano para los cantos sacros. El, en sí mismo, en simple cifra humana, no es más que un instru-

mento.—*Juana de Ibarbourou.*

—Escribir me suele alegrar, siempre me suaviza el ánimo y me regala un día aéreo, gozoso, infantil. Es la sensación de haber estado por unas horas en mi patria real, en mi costumbre, en mi suelto antojo, en esa libertad feliz que el cristiano llama la gracia.—*Gabriela Mistral.*

BUFETE DURÓN

Law office.

Tegucigalpa, Honduras, C. A.

Versos del Ayer

MEDALLON

En sonoro metal grabo mi ofrenda:
surja tu gracia de mi rima leve
y guarde este sutil bajorrelieve
tu divina figura de leyenda.

El casto fuego que en tus ojos arde
con la honda fiebre del amor se aduna
y tienes la dulzura de la tarde
y la tenue tristeza de la luna.

Hay en tu ser esa atracción serena
que realidades o ilusiones finge.
Y no sé si eres ángel o sirena
y si tu joven corazón resuena
o guardas el secreto de la esfinge.

Pero en tu rostro angélico adivino
un alma noble que el ideal resume
y es tu mórbido cuerpo el peregrino
vaso que exhala un estelar perfume.

¿De cuál ensueño de un abril remoto
tu fina forma ante mi ser surgiera?
¿De qué isla de amor o mundo ignoto
vienes a mí como una azul quimera?

¿En qué pródiga tierra de poesía
sentí el roce ligero de tu paso
y gocé de la vaga melodía
de tu voz que es de música y de raso?

¿En qué recodo de jardín de sueño,
bajo las ramas de un laurel sonoro,
miré tu encanto y tu perfil risueño
en el misterio de la luna de oro?

¿O en qué suave crepúsculo lejano,
propicio a los amores de los poetas,
por tu alma suspiré, besé tu mano
y coroné tus sienes de violetas?

Quizá lo ignore, pero en sueño ambiguo

con rosas blancas alfombré tu senda
y en el metal de un medallón antiguo
cincelé tu figura de leyenda.

Todo se acaba y muere. Lo que animas
con tu aire de gentil aristocracia
también se extinguirá. Pero en mis rimas
perpetuamente brillará tu gracia.

Froylán Turcios.

MARCHA FUNEBRE DE CHOPIN

La célebre *Marcha Fúnebre* de Chopin, tiene una historia en la que si bien se ve la modestia del insigne maestro polaco, hay también alguna relación con los fenómenos psíquicos del mundo del misterio.

Fué en Niza, en el estudio de Ziem, el autor de los planos de las fortificaciones de Cronstadt, donde el autor de la *Fantasia Impromptu* escribió su obra maestra en las siguientes circunstancias:

Félix Ziem daba una cena a sus amigos, entre los que figuraban la célebre escritora Jorge Sand, Alfredo de Musset, Balzac, Houssaye, Rossini, Delacroix y Chopin. En el estudio había un reloj, un piano y un esqueleto. El reloj marcó la hora de la medianoche: empezaban las bujías, colocadas sobre la mesa improvisada a vacilar y a arder alimentadas con el caldo de las cazoletas de los candelabros, cuando alguien, para animar la fiesta, pidió a Ziem que tocara un vals.

Al dirigirse al piano, Ziem tropezó con el esqueleto. Se echó a reír de su torpeza, y descolgándole, se fué al piano y le hizo tocar con sus dedos de hueso los primeros compases de una danza.

Entonces se levantó Chopin, arrancó indignado el esqueleto de las manos de Ziem, le hizo levantar del taburete y empezó a tocar. ¡pero cómo!

Ziem refiere aquellos momentos en los siguientes términos:

“¡Dos mío! ¡Cómo tocaba! No se oía ningún otro sonido en la habitación. Todavía veo las caras de los presentes como las vi entonces. Alfredo de Musset, con las líneas del entrecejo encogidas hasta formar surcos profundos; Balzac, encendido de entusiasmo y placer; Houssaye, Jorge Sand, blancos como el papel, con las bocas abiertas, las cejas arqueadas y los grandes ojos brillando como estrellas; se fueron apagando las luces, pasó la semiobscuridad de aquella noche de verano, y apareció la aurora antes de que nosotros

nos hubiéramos movido del estudio.”

Aquella noche y en aquella habitación, escribió Federico Francisco Chopin su *Marcha Fúnebre*. Al recibir las felicitaciones de sus amigos, exclamó:

—No he sido yo, señores. Ha sido el espíritu del esqueleto el que ha conducido mis dedos por el teclado del piano...

Una mañana Miguel Angel fué a ver su célebre escultura *La Virgen da la Angustia*, y advirtió que varios hombres estaban admirándola y elogiándola en voz alta. Uno de ellos le preguntó a otro el nombre del escultor.

—Nuestro gran Gobbo, de Milán—le contestó.

Miguel Angel guardó silencio, pero resentido por la injusticia, en la noche volvió y esculpió su nombre en lugar muy visible. Decía: *Michael Angelus Buonarotus, Fasciebat*.

Esperamos que las revistas y periódicos que reproduzcan los textos de *Ariel*, indiquen su procedencia. Esto lo creemos de justicia, pues nos irroga mucho trabajo la esmerada labor de selección.

EVOCACIONES DE RIMBAUD

Extractos del magnífico ensayo sobre Rimbaud escrito por Margarita G. Sarfatti, y publicado en la gran revista *Nosotros* de Buenos Aires.

I. Si jamás hombre nacido de mujer pareció igual a un ángel malo, ese joven asombroso en su sulfúrico halo de llamas rojas fué el poeta Arthur Rimbaud.

II. Matilde (la esposa de Verlaine) describe a Rimbaud: *un grande y sólido muchacho, de cara roja de campesino, de melena erizada, descuidado, con pantaciones demasiado cortas que dejaban ver las medias azules, tejidas por su madre, y ojos azules de mirada gazmoña*.—Está conforme con la descripción que hace él de sí mismo: *las manos en los bolsillos reventados, mi único pantalón con amplio hueco, haciendo rimas bajo el rocío a lo largo de los caminos, y estirando como si fuera una lira el elástico de mis zapatos heridos...*

III. La tempestuosa amistad entre los dos poetas (Verlaine y Rimbaud) se desarrolla en París, Londres y Bruselas, en turbio clima de violencia y escándalo. La paciente Ma-

tilde va a Bruselas para buscar a su esposo, que le escribe cartas y plegarias de amor y arrepentimiento. Vuelven juntos en tren a París, pero en la estación fronteriza él se escabulle, haciéndole entregar una carta injuriosa: *—Miserable hada zanahoria, princesa ratona, chinche que esperan los dos dedos y la bacinilla, me lo habéis hecho todo, habéis quizá destrozado el corazón de mi amigo; voy a buscar a Rimbaud, si él me acepta todavía, a pesar de esta traición que me hiciste hacerle*.

Los dos esposos no se volvieron a ver más. La otra pareja quedó unida algún tiempo aún. Juntos escribieron en colaboración, Rimbaud y Verlaine, dos libros de poesías, de los que la decencia impide hablar. Llevan en el mismo original francés el nombre de *Hombres* el uno y de *Mujeres* el otro: así, en castellano, para hacerlos más misteriosos. Hay también otra pequeña colección de versos, un libro prohibido, cuyo título mismo es tan específico y técnicamente localizado que no se puede ni siquiera citar.

Luego, a los diecinueve años no aun cumplidos, Rimbaud publica *Les Illuminations*. Verlaine, en el umbral de los treinta, va a la cárcel en Bruselas, donde había herido a balazos a su compañero, que lo describió entero en su canto del cisne, la incomparable *Una temporada en el infierno*.

Verlaine es para él el esposo infernal, el mismo demonio. *No, ¡no es un hombre! Lo escucho hacer de la infamia una gloria y de la crueldad un encanto. El me dijo:—Voy a hacerme tajos en todo el cuerpo*.

Dicho sea de paso, el que hacía al otro la broma pesada de los tajos, por deporte, con un cortaplumas, era en realidad Rimbaud, según lo declara Matilde. Aquí se plantea una grande interrogación: ¿Quién de los dos fué verdaderamente el mal compañero de que se habla en las moralejas y que ampara al esposo en las memorias de Matilde y a todos los hijos en las disculpas piadosas de todas las madres?

Oscar Wilde, que se parece a Verlaine, fué un genial poeta *snob*, sin maldad; podemos así cargar libres de remordimiento el fardo de nuestras antipatías y de las negras infamias a su compañero, lord Alfredo Douglas, marqués de Queensbury, parecido a Rimbaud, pero no poeta de gran talento. Entre los dos franceses, el fallo de la posteridad vacila, pues ambos nos enriquecieron y tenemos que agradecerles nuestra deuda a los poetas con alguna indulgencia para con los pecados de los hombres.

ERAMOS TRES

Eramos tres junto al acuario
del jardincito primaveral.
Eramos tres locos mancebos
y la niña iba a pasar.
La niña venía toda envuelta
en un celaje virginal.

Luis se inclinó como un marqués
y le soltó un madrigal;
Pedro como un mosquetero
la saludó con aire marcial,
y yo —temblando como un niño—
me puse rojo y no pude hablar.

La niña anduvo algunos pasos
y se detuvo ante el brocal
a ver los peces de colores
del acuario primaveral.
Luis le ofreció una camelia,
Pedro un jazmín de Malabar
y a mí—que no tenía flores—
me dieron ganas de llorar.

La niña al fin se fué con ellos
por el sendero crepuscular,
y cuando ya no pude verlos,
yo me puse junto al brocal
a ver los peces de colores
y a pensar, y a pensar...

E. Arias Suárez.

LA MUGRE EN LA EDAD MEDIA

La guerra que la Edad Media declaró a la carne y a la limpieza debía traer sus frutos. ¡Ni un solo baño durante mil años! Estad seguros de que ni siquiera uno de aquellos altivos caballeros, de aquellas nobles damas (los Tristanes, las Isoldas) se lavaban jamás. De aquí el doloroso accidente tan poco poético: las famosas comezones del siglo XIII. Y la costa duró hasta los siglos inmediatamente sucesivos. Ciertas memorias secretas nos informan que el Rey Sol mismo llevaba siempre consigo algunas agujas de coser para rascarse la cabeza por debajo de la formidable peluca, amplio receptáculo de parásitos. El relato del *petit et grand lever* de Luis XIV es poco edificante: no hubo jamás indicación alguna de un lavado. El cardenal Mazarino era muy buscado por las señoras porque *cada cuatro días se lavaba las manos. Les lois de la galanterie* de 1675 escribían este *non plus ultra* de las galanterías: — *Convienne* cuidar de tener limpios los ojos, la cabeza, los dientes, las manos... y aun

los pies, especialmente en las épocas de calor. Y un manual de educación de aquel tiempo dice: —Es conveniente peinarse antes de sentarse a la mesa, si se va a comer con personas de consideración, y no rascarse la cabeza durante la comida, a fin de que nuestros propios parásitos no caigan sobre nuestros vecinos.

Julio Michelet.

—No temo fatigar al hablar de mí mismo, porque creo, con Oscar Wilde, que es la autobiografía el género más interesante de la literatura. Tiene razón el genial artista, pues aquella es la más perfecta manifestación del individualismo y éste es la forma única del arte absoluto. ¿Qué es el mundo fuera del cerebro del artista? Una sucesión de incongruencias.—Aurelio Martínez Mutis.

VICTORIA DE UN PERRO

Desde hace algún tiempo, un curioso caso judicial retiene la atención de la prensa británica. Se trata del juicio pronunciado por un tribunal regular contra un perro, culpable de haber mordido a tres *policemen* y que fué condenado a muerte. Una semana después de haber dictado este fallo, los jueces rechazaron el recurso de apelación presentado por el dueño del animal. La última hora del pobre can parecía inminente y su fotografía había aparecido en los diarios, al lado de los retratos de las personalidades del día, cuando la Liga Nacional pro Defensa de la Raza Canina pudo obtener que la apelación fuese atendida. Ante los jueces de la Corte de Apelación, el propietario hizo valer el hecho de que el condenado, durante un incendio, había salvado una vida humana. A pesar de la hostilidad de los tres agentes mordidos, el perro fué, finalmente, absuelto.

VIDA DEL CONDE DE BUFFON

(Fragmento)

Quando ha estado toda la mañana trabajando, a la una el conde se sienta a la mesa—otra mesa—la de yantar. La sobremesa es larga; le gusta al conde charlar amena y discretamente con amigos y familiares. Después de comer reposa un rato. Nadie le turbará este reposo; todos saben que no hay que llamarle en tanto se halle acostado; es intransigente en este punto; aunque vengan a visitarle personajes de cuenta no se le

ha de despertar. Y por la tarde, hasta las siete, da nuestro admirable señor un paseo a pie. Hace una breve excursión a los alrededores del pueblo; va observando la naturaleza. Regresa a casa y escribe de nuevo hasta la hora de cenar. Cena y se acuesta. Esta es la vida serena, ecuaníme, del conde de Buffon. Vida análoga a la del gran Goethe; puesto que en el centenario de Goethe ha sido puesta a la vista de todos la bella serenidad del poeta, hemos creído que sería curioso el evocar esta otra serenidad. Como a Goethe visitan a Buffon hombres insignes de todos los países. Enrique de Prusia le ha visitado y ha departido con él largamente. En recuerdo de estas conversaciones le ha mandado una magnífica vajilla en que está pintada la vida del cisne. Vida que Buffon ha descrito y que el príncipe sabe de memoria. Catalina de Rusia le ha enviado también soberbias pieles y artísticas medallas. Otros magnates y príncipes corresponden con el conde; pero el conde no se desvanece; sigue la norma tranquila y serena de su vida y trabaja como un muchacho. Si Goethe tuvo a su fiel Eckermann y al canciller Müller que recogieron sus palabras cotidianas, Buffon ha tenido también un cronista puntual y afectuoso: Herault de Sechelles, que lo visitó en 1785 y nos dejó una breve y curiosa relación, que es la que nos ha servido para este corto esbozo.

Azorín.

YO EN EL FONDO DEL MAR

En el fondo del mar
hay una casa
de cristal,
A una avenida
de madréporas
da.

Un gran pez de oro
a las cinco
me viene a saludar.
Me trae
un rojo ramo
de flores de coral.

Duermo en una cama
un poco más azul
que el mar.

Un pulpo
me hace guiños
a través del cristal.

En el bosque verde
que me circunda

—din don, din dan—
se balancean y cantan
las sirenas
de nácar verdemar.

Y sobre mi cabeza
arden, en el crepúsculo,
las erizadas puntas del mar.

Alfonsina Storni.

POSTAL

No sé si me engañaste, mas fingiste
tan bien tu amor y tu entusiasmo loco
que hoy, aunque nada entre los dos existe,
aún me parece que me amaste un poco.
Y si hoy otra mujer una alegría
dejar quisiera en mi existencia triste
para hacerme feliz le pediría
que me engañara como tú lo hiciste.

Federico Rivas Frade.

NOTAS

Erratas del número próximo anterior

La impresión de un golpe de martillo nos produjo la odiosa errata que aparece en las primeras líneas del texto de Vincenzi (primera página). Seguramente esos renglones fueron alterados al meter el molde en la máquina, pues en la cuarta prueba no había en dicho texto el más pequeño error.

Las líneas alteradas deben leerse:

En mi último viaje hecho a Honduras y Nicaragua pude enterarme de la distancia estelar que existe entre los programas de sus Facultades de Derecho, entre sí, y los de Costa Rica.

—En la firma de José Castillo y Piña fué cambiado por una s la ñ del segundo apellido.

A NUESTROS BUENOS AGENTES HONDUREÑOS

Esperamos que nuestros buenos agentes de Honduras, nos remitan, en cuanto lean esta excitativa, por medio de nuestro Agente General, Profesor Constantino Pineda F., los fondos de *Ariel* hasta la serie 39, que terminó con el presente número 117.

Los retrasos de estos envíos nos causan serias dificultades, pues sólo contamos con los productos escasísimos de la revista para atender a sus múltiples gastos.